

## XXVII

Desde el día siguiente, Juan empezó á revolver la biblioteca. Encontró, mezclados con las novelas y los libros de viajes, varios folletos y hojas sueltas del siglo XVIII y del XIX, que se referían á los riegos. Los leyó todos, y de allí pasó á Cavanilles, al *Viaje* de Jaubert, al estudio técnico de Aymard y otros de igual carácter, que fueron apareciendo. A medida que leía, la oposición entre el agua vieja y la nueva iba mostrándose cada vez con mayor relieve, como una lucha secular, altamente dramática, entre el labrador y el que, no siéndolo, poseía derechos en el pantano.

El agua vieja fué al principio hija de la codicia de unos pocos, que comenzaron á considerar el derecho de riego como independiente de la tierra y á usarlo como mercancía que en los momentos críticos lograba precios altos. El cebo de la ganancia así obtenida, trajo los acaparamientos. Los ricos aprovechaban los apuros de la gente

pobre y le compraban el agua, acumulando grandes cantidades de ésta, cuyo uso se veía luego obligado á readquirir el regante, á mayor precio. En vano se opusieron á este agio varias disposiciones reales, suscitadas por quejas de los labradores. La cuestión se complicó á fines del siglo XVI con la construcción del pantano, que, en vez de cambiar el régimen anulando toda propiedad de agua sin tierra, lo sancionó, reconociendo ampliamente los derechos adquiridos. Dos siglos más tarde, la cantidad de *agua vieja* ó separada de la tierra aumentó en veinticuatro horas próximamente, creadas y vendidas para atender á los gastos de recomposición del pantano, y la explotación se hizo cada vez más dura, en perjuicio, no sólo de los labradores pobres, mas también de la agricultura misma; pues los poseedores del agua privilegiada, aunque fuesen propietarios de tierras de labor, preferían vender aquélla á cultivar y regar éstas, dejándolas yermas en su mayor parte. Se trató de redimir ese agua á fines del siglo XVIII, pero sólo se consiguió que se le fijara tasa en el precio de venta; y aunque un gran número de disposiciones posteriores procuró evitar ó reducir la abusiva separación del riego y el cultivo, no se consiguió poco ni mucho.

Hubo entonces episodios de un alto interés dramático en la contienda. La masa general de regantes, exasperada, redobló sus esfuerzos para acabar con el agua de privilegio; el municipio de la capital se ponía al lado de los labradores; hom-

bres de corazón, colocados en puestos importantes de la administración pública, tomaban sobre sí la defensa de la justicia, peleando contra el privilegio, que resistía hábilmente. Los años pasaban sin que llegase una resolución favorable, sin que la oposición se resolviera, pero también sin que cesara el labrador, tenaz en sus reivindicaciones que, á veces, tomaban caracteres agudos, casi revolucionarios; hasta que el desengaño sufrido en un esfuerzo supremo trajo consigo el pesimismo, enfrió los ánimos y fué desvaneciendo poco á poco el recuerdo de la lucha secular y debilitando el resquemor de la explotación diaria.

Pero Juan la seguía viendo, al través de la historia, como uno de tantos episodios del drama universal de la miseria. Su antigua afición á las investigaciones minuciosas, reaparecida en aquella rebusca de papeles, se complicaba ahora con el interés humanitario que la naturaleza de la lucha despertaba, y que venía á conformar plenamente con la dirección de la vida y de los afanes pasados de Juan. Todos aquellos datos, cifras, peticiones, quejas, remedios ineficaces, reconstruían en su imaginación un cuadro vívido, cuyo fondo lo constituían tristezas y lágrimas, caras famélicas y puños levantados en son de protesta y de amenaza por las generaciones explotadas, siglo tras siglo. No veía más que eso; y al referir su reconstrucción histórica á los momentos actuales, pasmábase de ver la resignada pasividad de aquellos descendientes de luchadores, que habían abandonado el campo de batalla.

— ¡Quién sabe! — se dijo, dominado aún por sus propósitos de conformidad y de paz, por la gran presión sedante de la Naturaleza. — Puede que tengan razón, que sea mejor eso, que así se resuelvan más pronto y mejor, por el empuje de las costumbres que se humanizan, conflictos que las contiendas seculares no lograron decidir en pro de lo justo; quizá, también, las condiciones han variado, el mal no es ya tan agudo como antes.

Pero al llegar aquí en su razonamiento, aparecíasele la figura atribulada y miserable de aquella mujer que, tras una larga persecución de los minutos de riego que necesitaba, repitiendo de grupo en grupo su frase postulante, estremecida á cada nueva alza del mercado, había concluído por caer en manos de un estafador sin conciencia. A este recuerdo, temblaban heridas las fibras más sensibles de aquel adorador exaltado de la justicia, y su visión del pasado se proyectaba, palpitante, en el presente, que le atraía como un abismo. Más de una vez retrocedió ante esa idea, con la presciencia clarísima de que, si se dejaba arrastrar por ella, perdería toda la felicidad de su reposo presente.

Haciendo un esfuerzo poderoso, abandonó sus lecturas, esquivó hablar de ellas y trató de ahogar su preocupación sumiéndose de lleno en los espectáculos naturales. Salió de caza, al amanecer, para contemplar, desde lo alto del monte, la salida majestuosa del sol, de entre las aguas teñidas de rojo; y la calma del crepúsculo matutino, la cre-

ciente alegría de la luz nueva, echaron sobre su alma sensaciones de quietud y de olvido. Frequentó el trato de Nardo, y con los pescadores bogó horas enteras en la bahía azul, que parecía inmóvil, oyendo la charla primitiva de aquellos hombres entregados plenamente al trabajo y satisfechos de él; menudeó las conversaciones con don Felipe, alma inocente, que le hablaba de paz y de resignación... Pero cada vez que veía regar; cada vez que entraba en la biblioteca y su vista se fijaba en el sitio donde había guardado los documentos reveladores de la pasada lucha, sentía como un pinchazo en el corazón y como una oleada de sangre que le subía á la cabeza, signo de que, bajo la ceniza amontonada para apagar el fuego, ardían aún brasas capaces de engendrar un incendio imponente.

■■■■■■■■■■

## XXVIII

Pocos días después de la excursión á la capital, Isolina devolvió á doña Micaela su visita. Como de costumbre, traía escolta: Amparo, que no perdona ocasión de curiosear en casas ajenas; la santurrona de su hija, á quien la mamá, por caso raro, llevó consigo; el bueno de don Ciro, que iba con el propósito de ver á Juan, y Paquito Verdú, uno de los pollos más alegres, graciosos y holgazanes de Levantina, alumno ambulante de todas las Universidades de España, firme en su buen propósito de no estudiar aunque lo hiciesen trizas, pero de una simpatía personal invencible, que se imponía á las gentes y daba á Paquito el primer puesto en todas las reuniones.

Juan no vió á los visitantes, por hallarse aquel día de caza. Dejaron para él sinnúmero de recuerdos y de frasecitas afectuosas; é Isolina prometió volver pronto, á las fiestas de Villamar, que aquel

año serían notables, dado el rumbo de los mayordomos á quienes correspondía la dirección.

Esa notabilidad era, naturalmente, relativa.

Por lo común, las fiestas reducíanse á salvas de petardos ó *masquets*, función religiosa, más ó menos solemne, procesión y fuegos artificiales sueltos. Muy rara vez había toros de cuerda, y aquel año era de los carentes; pero, en su lugar, habría danzas al estilo del país, diversión que de día en día iba perdiéndose, sustituida por los géneros burgueses que van unificando el baile en todas partes.

El día de la Virgen amaneció espléndido. Aunque mediaba Septiembre y las vides amarilleaban, próximas á la vendimia, la temperatura era veraniega. El buen tiempo se prolonga ordinariamente, en la costa de Levante, casi hasta Navidad, en un declinar suave del otoño que parece nueva primavera, cortada por chubascos tormentosos pero de escasa duración. La melancolía de los meses otoñales no se conoce allí sino excepcionalmente, y cuando se presenta, llevada por las brumas que desde la serranía bajan al valle y lo cubren al atardecer, protestan los indígenas, asombrados de aquel rigor, no obstante la dulzura del ambiente, que maravillaría á un castellano.

Por sistema, Juan evitaba bajar al pueblo, es decir, al grupo principal del caserío, donde se apiñaban la iglesia, la escuela, los más de los comercios y las viviendas de algunos vecinos ricos. Pero aquel día se sintió arrastrado por la anima-

ción general, por el aire de fiesta que expresaban las caras de las gentes y que parecía irradiar al campo y al cielo, y por la excitación que suele producir el ruido y el olor de la pólvora. Bajó á la hora en que debía terminar la misa con sermón, que doña Micaela y Eugenia no perdonaban nunca á pesar del calor sofocante que se desarrollaba dentro de la iglesia, sobrado reducida para el gran número de concurrentes; por lo cual, la mayoría de los hombres se quedaba fuera, con la turba-multa de chiquillos escoltadores del cohetero.

La plaza, inundada de sol, salvo en trozos reducidos, apenas bastaba para que se moviesen con cierta libertad los grupos de paseantes y compradores. Delante de las casas, obstruyendo casi las puertas, los tenduchos de juguetes, de dulces, de avellanas, garbanzos tostados y chufas, de telas y de zapatos, amenazaban venirse al suelo con los empujones de la gente, que hacían oscilar el improvisado mostrador de cajones y mesas. Más adelante, formaban nueva fila los puestos de verdura, de melones, de higos y de loza barata. La carnicería, servida por la mujer del alguacil, tentaba la sobriedad de los labriegos con el espectáculo de dos carneros recién degollados, gran parte de los cuales, obedeciendo á lo extraordinario del día, estaba ya cociendo ó asándose en las casas pudientes. Del gentío acumulado en la plaza así reducida, elevábase un fuerte murmullo, producto de cien conversaciones, sobre el cual destacábanse los gritos y chillidos ensordecedores de la

tropa menuda, el agudo son de los silbatos de que iban provistos los más de los chicos, el pregón discordante de algunos vendedores, y el timbre metálico de las tapaderas y los cazos que el horchatero, instalado casi á la puerta de la iglesia, golpeaba á cada momento, llamando la atención del público hacia su mercancía. Todo el mundo parecía alegre, feliz, sin reserva alguna, contagiado cada cual por la influencia de la masa; y Juan sintió también aumentársele el buen humor que había comenzado á bullirle en las primeras horas del día.

A pesar de su amor al silencio, aquellos ruidos de muchedumbre alborozada no le producían excitación alguna, sino que, más bien, le traían nueva placidez y satisfacción al ánimo. Entre codazos y pisotones, avanzó hasta el centro de la plaza, á tiempo que estallaban los *masquets*, anunciadores de que la función religiosa había terminado. Cada estampido promovía nueva algazara en los chicos, que esperaban sonase el último para correr á levantar las cápsulas de hierro, tumbadas por la explosión; y al mismo tiempo, la puerta de la iglesia empezó á vomitar gente que inundaba más y más la plaza, haciendo replegarse á los que antes la llenaban casi por entero. El contingente femenino era numeroso. Viejas y jóvenes lucían sus mejores pañuelos de seda y las tradicionales mantillas negras y blancas, con franja de terciopelo, que contrastaban singularmente con los velillos de encaje de algunas contaminadas por la

moda de la ciudad. Los hombres solían llevar traje negro, de forma común y corriente, salvo la chaqueta, por lo general más corta que de ordinario. Pasaron también algunos que conservaban prendas sueltas del traje antiguo: el chaleco con botones de plata colgantes; el zaragüell con media blanca ó sin ella y el sombrero de pana, cuya copa, en forma de cono truncado, llevaba á la derecha mardroños negros.

Distraído Juan con el desfile de aquellos restos de una vida pasada, que excitaban su curiosidad y su interés, no vió salir por la puerta lateral de la iglesia, que daba acceso á la sacristía, á doña Micaela y á Eugenia, acompañadas por varias mujeres y unos cuantos hombres. Fué preciso que Cristóbal le llamase; y al volver la cabeza, se vió ya frente á frente del grupo. Venían en él la alcaldesa con dos hijas suyas; la madre del Estudiante; una nuera de Nardo y la Llorona, que no dejaba nunca de ir hasta Ronesa. Detrás seguían el alcalde y sus colegas, los mayordomos, el maestro, el cirujano, el alguacil y el Estudiante con su padre.

— ¿Nos vamos á casa? — preguntó Juan á su tía, después de los saludos.

— Todavía no — dijo doña Micaela. — Vamos á entrar un poco con la alcaldesa y, mientras, daremos tiempo á que venga tu tío, que fué no sé dónde. ¿Nos esperas?

— Por supuesto.

Juan estuvo á punto de contestar que iría con

ellas; pero, enseguida, la idea de meterse en una casa y de soportar los obsequios consiguientes á la festividad del día, le hizo variar de opinión. Quedaron formando corro con él, al resguardo de la sombra que un tenducho proyectaba, casi todos los hombres.

■■■■■■■■■■

## XXIX

Se habló del sermón, que había venido á predicar un canónigo de Levantina; de la *cordá* ó fiesta de pólvora preparada para la noche y que prometía ser de órdago; de la procesión, y, por fin, de política. Juan escuchaba distraído, atendiendo principalmente al espectáculo de la plaza y contestando casi con monosílabos á las preguntas que le hacían. Cuando oyó sonar los nombres de Sagasta, Romero, Silvela, etc., todavía se distrajo más. El tema le fastidiaba soberanamente y lo rehuía, sobre todo con la gente del pueblo, porque no cesaban de apelar á su juicio y á su experiencia de cortesano para satisfacer la curiosidad, ó encontrar apoyo á las respectivas opiniones.

El cirujano era escéptico en esta materia, lo cual quiere decir que votaba por quien, en cada momento, convenía más á sus intereses. Cuando se le argüía, contestaba recordando la frase de un antiguo pedáneo de Villamar, labrador adinerado,